

humor de su pipa, buscando en los ojos de su muger un consejo que esta no le daba.

—Gudula decidirá, exclamó Archibald al cabo de una larga pausa.

Su imaginación poco fértil en invenciones no le sugirió otro medio de salir del apuro.

—¡Sí, Gudula decidirá! repitió Brígida.

Los dos jóvenes tomaron una actitud llena de confianza con Gudula.

—Hablad, señorita, dijo el marqués con sus modales seductores, esperamos nuestra suerte.

—¿Cuál de nosotros dos os parece mas digno?...

—Ni el uno ni el otro, respondió la joven.

Ambos rivales se miraron con asombro; Archibald y su muger hicieron lo mismo.

—Sin embargo, señorita, repuso el caballero, yo tenia algunas razones para creer...

—Yo esperaba...

—Los dos os engañabais tomando por afecto mi indiferencia; mi corazón y mi mano no me pertenecen hace mucho tiempo.

Todos los asistentes, hasta la anciana Brígida, sintieron como un estremecimiento eléctrico. Aquella joven, que parecía muda, y cuyo carácter acababa de revelarse con tanta energía en el momento mas inesperado, les habia dejado á todos asombrados.

—Quiere decir que ya habeis elegido; ¿y quién es el dichoso mortal?

—¡Vedlo! dijo Gudula dejando su labor, y designando á Leopoldo Wilkins, que entraba en aquel instante.

A esta inesperada peripecia teatral, el viejo dejó caer su pipa, que se rompió en mil pedazos; la madre se arrellanó en su sillón, pronunciando su lamentable *Jesus mein Gott*, y los dos franceses se quedaron como lelos.

—Padre mío, madre mía, dijo la joven con los ojos bajos y con gran modestia, aunque con grande firmeza en el tono, no me deis otro esposo que Leopoldo Wilkins. Estamos desposados secretamente, hemos dividido un anillo de oro como prenda de nuestra unión futura.

Sin embargo, Archibald se hallaba poseído de una de esas cóleras frias y profundas de los hombres biliosos. Estaba pálido como un cadáver, y dijo á Wilkins con voz trémula:

—¡Vete, vete!

Wilkins no se movió. Gudula se acercó á él, y apoyando ligeramente su mano en el brazo del robusto joven, dijo á su madre:

—Si Wilkins sale de esta casa, tendré que salir yo también, pues soy su fortuna esposa.

El terror, la ira y el asombro habian llegado á su colmo en los presentes. La madre haciendo un esfuerzo extraordinario, se levantó para detener á su hija. En cuanto al viejo negociante, estaba á punto de que su cólera comprimida le causase un ataque de apoplejía.

—¡Vete! repetía encolerizado.

—No me marcharé, master Archibald, respondió friamente Wilkins, sin haber cumplido antes el encargo que aquí me ha traído. Guillermo Duldof quiere hablaros; está ahí en el jardín con una diputación de pescadores.

—Que entre Guillermo; pero tu márchate.

—Me marcharé cuando Duldof os haya hablado.

SEGUNDA SERIE.—1862.

Salió al dintel de la puerta é hizo una seña; el viejo Duldof, acompañado de algunos otros marineros, entró respetuosamente, y acercándose á Archibald, le dijo con acento sincero:

—Perdonadme si os incomodo, master; pero, como dice el proverbio, cuenta errada no valga. Acabo de saber que este joven, añadió señalando á Wilkins, habia merecido el premio de la pesca, y he querido entregárselo á vuestra vista.

Y al decir esto, entregó á Wilkins una gran medalla de oro con las armas de la ciudad de Amsterdam. Gudula dió un grito de alegría y abrazó á su madre, que no comprendía el goce de esta. En cuanto al viejo negociante, esta noticia inesperada acabó de trastornar sus ideas y se fué á sentar á otro lado murmurando:

—¡Van á volverme loco entre todos! Pero en fin; repuso dirigiéndose á Duldof, ¿qué significa?...

La cosa es muy sencilla, respondió el viejo: Wilkins no habia tomado un fario por un arenque, porque es incapaz de cometer una torpeza semejante; pero un malvado, un celoso se aprovechó de la oscuridad...

—¿Es verdad lo que dices?

—Y tan verdad! exclamó Sanson el Temible, presentándose de repente en medio de la reunion; yo fui quien arrojé el arenque á la mar, pero Wilkins sabe muy bien cuanto me ha pesado mi falta, y ya me ha perdonado. El verdadero culpable es ese.

Y al decir esto, se volvió á Rolly, que, pálido y trémulo, murmuraba á su oído:

—Miserable, olvidas...

—No olvido nada, repuso Sanson en voz alta; me disteis veinte luisas para comprarme, y al desembarcar cambié uno en la taberna; pero cuando me entraron los remordimientos al ver la desesperación de Wilkins, conté la aventura á estos buenos hombres, que entre todos me han completado la cantidad, y aquí está; no nos debemos nada.

Y dicho esto arrojó el dinero á tierra.

Archibald se quedó meditando: luego un momento después cogió de la mano á Wilkins, se la estrechó con fuerza y le dijo:

—Hijo mío, he obrado mal, lo conozco; pero nosotros los viejos siempre nos hallamos dispuestos á pensar el mal antes que el bien. He sido injusto contigo; no me conserves rencor; Gudula reparará mi injusticia.

Esta vez la cubierta de hielo en que estaba encerrada el alma enérgica de Wilkins se deshizo; el vigoroso joven estrechó á su vez la mano de Archibald sin pronunciar una palabra, y una lágrima corrió por sus mejillas. Gudula continuaba haciendo mil caricias á la buena anciana que, medio sofocada, alargaba los brazos como pidiendo socorro.

—Vamos, vamos, todo va bien, dijo Duldof; master, haced bien en recompensar á ese pobre joven; es un excelente pescador, que ha ganado el premio lealmente, os lo juro. Yo le he visto ir contra viento y marea hasta un punto adonde yo no me atreví á llegar, yo viejo pescador, y temía que la recompensa... Pero no hablemos mas de eso, master; y ahora veamos si teneis un arenque y un jarro de cerveza que darnos...

—Sí, si, ya podeis ir al jardín con mis pescadores, dijo Archibald cordialmente; brindad á mi salud y á la de Wilkins y si Benklau ú otro armador os rehusasen un cargo

AÑO XX. 29.

en sus buques, acudid á mí, que yo os lo daré en los míos.

—¡Hurra! gritaron los pescadores al retirarse.

Duldof salía el último, cuando Wilkins le detuvo y le dijo:

—Gracias, Duldof, lo mismo hubiera hecho yo.

Estas sencillas palabras bastaron entre aquellos dos hombres sencillos.

El caballero de Rolly y el marqués de Cavignou estaban confundidos con aquel desenlace que no esperaban. Un momento antes, Rolly algo alarmado por las intenciones que podían tener contra él los marineros, había dicho en voz baja á Cavignou:

—Todo está perdido para nosotros; vámonos de aquí.

—Habla por tí, respondió el marqués; yo tengo razones para quedarme y me quedo.

El caballero no se atrevió á irse; y despues, viendo que entre tantas personas que podían estar ofendidas por lo que había hecho contra Wilkins, no había una sola que le dijera nada, recobró su calma; y aun se creyó con derecho para mostrarse audaz, para salir un poco mejor del mal paso en que se hallaba, lleno de humillacion. Se acercó á Archibald, que estaba hablando con Gudula, y le dijo con firmeza:

—Meinher, no sé cual es vuestra opinion sobre lo que han contado esos necios; pero en cuanto á mí...

El comerciante le miró con el mayor desprecio y le volvió la espalda.

—¡Bravo! así se me trata exclamó alzando la voz; sin duda se olvida de que tengo medios de vengarme. A mí se me arrebató violentamente de aquí, y si acudiese á la autoridad...

La robusta mano de Wilkins cayó sobre su hombro.

—Caballero, le dijo, antes de ir á la autoridad teneis que hacer una visita á una señora que acaba de llegar de Francia hace quince dias, y que os anda buscando con una constancia incansable.

—¡Una señora! exclamó el caballero palideciendo; ¿que me quiere?

—Se llama madama Rolly, y afirma que es vuestra legítima esposa. Dice que viene á reclamar los atrasos de su pension que su marido no ha pagado hace dos años. Por lo demás, ella misma os explicará los motivos de su viage, pues dentro de poco vendrá aquí.

El caballero tembló como un azogado, cual si hubiese recibido un terrible golpe.

—¡Mi muger, mi muger aquí! exclamó; ¿conque me persigue hasta los infiernos?

Y fuera de sí, sin reparar en nadie, sin responder á las chanzonetas de Cavignou, se precipitó á la puerta y echó á correr como alma que se lleva el diablo.

En cuanto estuvo lejos, Cavignou que se había divertido mucho con este episodio, dijo á Wilkins con cierta insolencia:

—Bien te has portado; has sabido emplear con utilidad el secreto que te confié; ahora déjanos, porque tengo que hablar con Archibald.

Wilkins permaneció inmóvil, y el comerciante miró de reojo á el que se atrevía á tratar así á su futuro yerno.

—Meinher, repuso el cortesano en tono desdenoso, no puedo creer que revoqueis tan pronto vuestra promesa; no po-

deis preferir á un hombre de mi clase, ese pobre diablo sin nacimiento...

Antes de que concluyese sus frases, Wilkins le había dicho al oído:

—Todavía no he dicho todos mis secretos, señor marqués. Dentro de algunos minutos vendrá aquí un magistrado con sus agentes á apoderarse de vuestra persona. Así pues, si teneis mas injurias que decir, daos prisa, pues os vá á faltar tiempo.

—No comprendo...

—¿No sois el autor de cierta sátira dirigida contra el regente y los ministros de Francia?

—¡Nunca he negado mis versos! dijo el marqués aparentando una confianza que no tenía por cierto.

—Pues bien, el gobierno de Francia, ha pedido vuestra estradicion al gran consejo de las Provincias Unidas, y ha sido acordada ayer. Y en prueba de que esto es verdad, esta mañana han tratado de prender en vuestro lugar al caballero Rolly, con quien os equivocaron, y le pusieron en libertad, porque yo los desengañé de su error: por esto, os decia hace un instante...

El marqués dió un salto hácia atrás, cogió su sombrero, y tomó la puerta por donde había salido Rolly, exclamando con un terrible juramento:

—¡Sois el mismísimo diablo!

Aquella misma tarde Rolly y Cavignou se encontraron en un buque que se dirigía á Inglaterra. Primero no supieron que decirse y se miraron con aire amenazador, despues uno de ellos soltó una carcajada y el otro le imitó.

—¡No seamos rencorosos! dijo el marqués.

—Nada nos debemos, respondió el caballero; engañados en beneficio de un tonto; nosotros, tan diestros, tan listos, tan penetrantes!

—¡Engañados por una coqueta necia!

—¡Engañados por holandeses!

—Ya te lo había dicho: esas gentes charlan poco, y obran mucho.

HISTORIA ANECDOTICA

DE LA MANUFACTURA IMPERIAL DE PORCELANA DE SEVRES.

I.

NOTICIA GENERAL ACERCA DEL ARTE DEL BARRO.

El extranjero que se propone visitar las manufacturas de Sevres, no deja jamás antes de ir á ella de abrir un diccionario histórico, si puede haberle á mano, y sacar de él datos y noticias provechosas á su visita.

Hallándose en esta posición, cogí un diccionario, y en el artículo de *Sevres* leí estas palabras:

Sevres. «En la orilla izquierda del Sena. Esta ciudad ha adquirido gran celebridad por su manufactura de porcelana. Esta manufactura fué establecida primero en 1738, en el castillo de Vincennes por Fulvi, que era su gobernador. Hay en el establecimiento tres colecciones notables compuestas

de porcelanas extranjeras y francesas y modelos fabricados en Sevres.»

A estas noticias dadas por el diccionario, podremos añadir que Sevres está á nueve kilómetros de París. La manufactura puede visitarse todos los días con papeleta, que dan en el ministerio de Estado. En el exterior, mirada la manufactura por plena fachada, recuerda, con corta diferencia, la fachada del cuartel de los inválidos; pero su golpe mas pintoresco está por la espalda, mirando al Sena. Parece un nido formado en medio de un bosque, tan espesos son los antiguos árboles que la rodean y la espléndida verdura que la cerca. No tratamos aquí de describir un paisaje de que Dios es el autor, sino una fábrica de barro. Entre las diversas industrias pertenecientes á las artes plásticas es tal vez la mas interesante, en cuanto la máquina no ha podido reemplazar todavía á las manos del hombre; y despues del arte de fabricar armas y tejidos, la cerámica, dice Platon, debe haber sido una de las primeras artes inventadas, en atencion á que para trabajar la tierra ha sido inútil aguardar al descubrimiento de los metales.

Otra de las causas para considerar seriamente el arte del barro, es que este arte, como todas las antiguas y grandes industrias ha tenido sus celebridades justamente consagradas.

II.

HISTORIA.—LUIS XV.—MAD. POMPADOUR.—ANECDOTAS.

Alfarería ó *poteria* viene de la palabra latina *potum*; pero esta palabra *potum* no indica ni la materia, ni la forma, sino el uso; es el nombre entre los latinos del vaso de beber, cualquiera que sea la materia.

Keramos, de donde ha salido la palabra *ceramia*, es el nombre griego de la alfarería. En cuanto á la palabra *faïenza*, se explica diciendo, que un italiano que habia venido á Francia acompañando al duque de Nevers, habiendo descubierto cerca de la ciudad de este nombre un barro parecido á aquel de que se servia en Faenza para fabricar la loza, hizo con él las mismas obras y las llamó *faïenza*, del nombre de la ciudad italiana. Los mas antiguos poetas del segundo y tercer siglo hacen mencion de unos vasos de *madré*, y hablan de ellos como de una cosa preciosa. Todo autoriza á pensar que el *madré* no era otra cosa que la porcelana. Sin embargo, en el siglo XVII el baron Roether, químico de la corte del elector de Sajonia, Augusto, buscaba una combinacion de barro que pudiese darle crisoles capaces de resistir al mas violento fuego. Encontró una, en efecto, de la que sacó una pasta tan hermosa y perfecta como la del Japon. Maravillado el elector del descubrimiento, fundó inmediatamente cerca de Dresde una manufactura, que no tardó en adquirir gran celebridad. Este descubrimiento tuvo en seguida tal fama en toda Europa, que todas las naciones á porfía trataron de darle un mayor grado de perfeccion. Pero el mérito del descubrimiento perteneció á Boetcher. Sin embargo, todo prueba que el químico sajón es simplemente el Cristóbal Colon de la nueva pasta, y los demás son los Americanos Vespucios.

Sea de esto lo que fuere, en el siglo XVII la moda dió á la porcelana un precio inaudito. En las cortes se la admitió en las mesas á la par de las vajillas de oro y de plata, y en la

corte de Francia, en 1653, la usaba el cardenal Mazzarino en sus famosos festines. Vista tal boga, se creó una manufactura de porcelana en San Cloud. A fines de diciembre de 1699, la duquesa de Borgoña vino á visitarla, y lo hizo con la mayor minuciosidad. Un jesuita francés, llamado Entrecolles, misionero en la China, resolvió revelar á la Francia el arte de la porcelana, y en su consecuencia redactó una memoria sobre esta materia. En ella espresó en 1717 los medios de que se valian los chinos para su fabricacion. Desgraciadamente para el arte, el jesuita era mas sábio que literato, y así como el código pretende que nadie debe ignorar la ley, del mismo modo se imaginaba que ninguno debía ignorar la ciencia, no titubeando escribir solo, sin otra explicacion, que los chinos usaban por materiales principales el *kaolin* y el *petuntzé*. Como nada dijo acerca de donde podrian hallarse estas tierras en Francia, los industriales en porcelana siguieron la antigua rutina. Un solo hombre no se asustó de las palabras *kaolin* y *petuntzé*. Verdad es que este hombre se llamaba Reamur. Se procuró las muestras traídas por el reverendo P. Entrecolles, y, despues de haberlas sometido á un perfecto análisis, afirmó que la Francia tenia tierras análogas á las que producen los dos materiales. El éxito justificó la esperiencia. Hasta el año 1740 el arte permaneció como estancado, y en esta época, dos hermanos, Dubois, empleados en Chantilly, vinieron á ofrecer sus servicios al Sr. de Fulvi, prometiendo revelar su secreto. Seducido por sus promesas, los instaló en el castillo de Vincennes. No correspondió el resultado á las esperanzas, porque Fulvi, se vió reducido á recurrir á su hermano, ministro en gran favor entonces.

Este hermano organizó para la esposicion de porcelanas una asociacion compuesta de ocho miembros; pero á despecho de sus esfuerzos, esta asociacion se vió amenazada pronto de quiebra. En esta situacion, los ocho asociados tomaron un partido desesperado. Se dirigieron directamente á la marquesa de Pompadour, la querida del rey, suplicándola comprometiese á S. M. á tomar bajo su proteccion la manufactura. Así se hizo: el rey de Francia cedió á los ruegos de su linda amiga, y lo que anunciaba ser una ruina inmediata, se convirtió en una continua prosperidad. En señal de reconocimiento, sin duda, de este gran servicio, la manufactura espuso públicamente en 1754 un servicio de mesa destinado al rey. Este servicio causó la admiracion general, y tan lisonjeadó quedó S. M., que les compró inmediatamente en Sevres la casa que ocupaba en otro tiempo el colaborador de Quinault, es decir, la casa del ilustre músico Leclé, y allí se estableció la manufactura.

Desde entonces el arte de la porcelana hizo rapidísimos progresos, porque madama de Pompadour no era muger que hacia las cosas á medias, y además Luis XV quiso otorgar á este arte el monopolio de sus caprichos. Cuatro años mas tarde se le puso en la cabeza al rey el sustituir á los ocho asociados de la compañía, realizándose inmediatamente aquel deseo, y desde entonces el rey de Francia fué alfarero ó porcelanero de la manufactura de Sevres, declarada del patrimonio real.

Hecho propietario de ella, Luis XV, tuvo gran impaciencia de hacer aparecer en todas partes los maravillosos productos de su propiedad. En 1757, regaló un servicio de mesa á la emperatriz reina; mas tarde su embajador en Constantinopla ofreció otro magnífico al Gran Sultan. El

rey de Suecia y el de Dinamarca se aprovecharon tambien de sus liberalidades, y no hay que equivocarse, en estos regalos gozaba mas la satisfaccion y el amor propio del fabricante, que el orgullo del rey de Francia. En cuanto á la marquesa de Pampadour, no se limitaba solo á mandar y hacer encargos, sino que ella misma fijaba la pintura sobre la porcelana, y mas de una vez tuvo que sufrir la corte su enojo cuando no la salia bien en alguna la combinacion de los colores ó el dibujo. Muchas veces Luis XV, que se tenia por inteligente en porcelana, se burlaba de la marquesa cuando ésta, despues de haber iluminado un vaso, un jarron ó un plato, queria merecer una alta aprobacion.

—Señora, la decia el rey de Francia y de Navarra, despues que pase por el fuego vuestro amarillo rojo se volverá amarillo de Nápoles; el azul oscuro será un azul pálido, y el bermellon pasará al estado de aurora.

—Pues que tan esperto sois, señor, le dijo un dia impacientada la marquesa, ayudadme con vuestros consejos.

—Con mucho gusto, señora, respondió el rey; y añadió juiciosamente: estudiad los maestros.

En efecto, madama de Pompadour, conformándose con el real consejo, estudió los maestros. Era capaz no solamente de estudiarlos con inteligencia, sino de interpretarlos con habilidad. En su estudio, sea de aguas fuertes, sea de pintu-



Madama de Pompadour, protectora de Sevres.

ra sobre porcelana, Boucher, Vien, Vanloo, fueron imitados con admirable habilidad. Se citan de ella muchas obras y un gran número de composiciones mitológicas. Una de las composiciones que mas crédito la dieron, fué Minerva, bienhechora y protectora del grabado, y que dió margen en su tiempo á muchas hablillas en los salones de París.

Madama de Pompadour se halla representada en este dibujo de Minerva armada de pies á cabeza, arrimada á una rueda de tallar piedras finas. La égida está reemplazada por el escudo de tres torres que sostiene un pequeño genio. Se

sabe que la marquesa de Pompadour-Arnac, llevaba sobre azul tres torres de plata, dos de cabeza y una de punta; al obtener de la debilidad del rey la tierra y el nombre de esta familia estinguida, madama de Pompadour se habia apoderado igualmente de sus armas. Esto era un abuso, porque las armas y las libreas de una casa, emblema de la familia, no podian jamás venderse con la tierra y el título que llevaban. Algunos burlones recordaron que la marquesa habia tenido tambien armas de familia de las que solo debiera haber hecho uso: los dos *pescados* de su padre en un campo

de gules, verdaderas armas de su familia que despreciaba. A pesar de todas las chanzonetas de que Minerva fué causa, continuó madama Pompadour pintando á mas y mejor, y Sevres no se resintió de los efectos que podian ocasionar las murmuraciones de las malas lenguas. Guardábase muy bien Luis XV de contrariar á la marquesa en sus generosidades en favor de la manufactura; al contrario, las estimulaba. Un dia el monarca sorprendió un billete que comenzaba así: «No, no dejaré yo perecer un establecimiento que debe immortalizar al rey.»

—Apuesto á que se trata de Sevres.

—Error, se trata de la escuela militar; yo quiero sacrificar si es preciso cien mil libras para ese establecimiento.

El rey se sonrió en señal de satisfaccion.

—Puesto que se ha escapado la palabra Sevres, yo aplico á la manufactura lo que acabais de decir de la escuela militar: *no perecerá ese establecimiento.*

—Así sea.

El desgraciado Luis XVI fué económico de esta clase de regalos. Sin embargo, á su paso por París, el emperador José II recibió como regalo de este monarca un servicio de mesa bellissimo.



Vista exterior de la manufactura de Sevres.

Son muchos los encargos que los emperadores y los reyes de varias naciones han hecho á Sevres de vajillas de inmenso valor; pero lo que señala todavía mas que nada la reputacion de los anales de Sevres son los numerosos subterfugios empleados por las manufacturas extranjeras para tratar de ponerse por medios ilícitos al nivel de esta manufactura. Es curiosa esta anécdota. La celebre tragica Rachel, cuando se hallaba en San Petersburgo, cogia una gran cosecha de rublos. El emperador Nicolás, á quien gustaba mostrarse magníficamente generoso con las celebridades artís-

ticas de Francia, habia regalado á la gran trágica un vaso de porcelana de inmensa belleza, con las armas imperiales y el sello moscovita. Forma elegante, dibujo correcto, brillo en el colorido, todo lo reunia; el czar habia tenido cierto orgullo en ofrecer á una muger francesa, este rico objeto que podia rivalizar con los mas bellos productos de Sevres. Madama Rachel dejó á San Petersburgo, llegó á la frontera de Francia, y declaró en la aduana el vaso, cuya importacion tenia un derecho altísimo. Examinado el vaso, se lo devolvieron á la artista diciéndola:

—No hay que pagar derecho alguno; es un vaso francés, un vaso de Sevres.

—¡Cómo de Sevres! os equivocais; procede de la manufactura imperial de San Petersburgo.

—No me queda la menor duda, señora, respondió el director de la aduana; os garantizo que no ha sido allí fabricado.

Descubriendo entonces el pie del vaso enseñó á la artista la marca auténtica de la manufactura de Sevres. ¿Era el emperador Nicolás engañador ó engañado? El punto ha quedado indeciso, y para ser justos nos inclinamos á que el czar ha sido tambien chasqueado. No se habrá olvidado todavía, que cuando Catalina de Rusia viajaba, Potenkin, su favorito y ministro, hacia con anticipacion levantar en el camino que habia de recorrer la augusta viajera, hermosas aldeas y bosques de carton, queriendo persuadir así á la emperatriz que mandaba en la nacion mas rica y feliz del mundo. No sería pues difícil que los cortesanos de Nicolás hubiesen cometido la tontería de presentarle un vaso de carton, habiéndole presentado realmente como ruso un vaso francés.

III.

EL MUSEO CERAMICO.

Penetremos en sus galerías. Desde la entrada sería conveniente inclinar nuestra cabeza ante el sepulcro de los antepasados, de donde provienen aquellos antiguos objetos celtas, germanos y escandinavos; pero no hay que asustarse, son urnas que no recuerdan la fria idea de la muerte, sino que pueden muy bien colocarse sobre el velador de la mas coqueta parisiense. Mas allá se fijan las miradas en aquellas porcelanas etruscas tan satisfactorias en la relacion de las formas, de los ornamentos y de las figuras de relieve; un poco mas lejos se ven vasos procedentes de Chile, Méjico y el Perú; vasos tales cual debieron verlos al desembarcar en el Nuevo Mundo, los españoles acaudillados por Cortés y Pizarro. Hay tambien allí la curiosa alfarería de los antiguos egipcios con los caracteres que marcan á la de las Américas de los pasados tiempos, con los mismos relieves de fábrica, de figura y de animales varcos.

La reina Semíramis se halla perfectamente representada en Sevres. Al ver lo que nos queda de las bellas artes de su tiempo, hay que lamentar que Darío hubiese ido en 522 á esforzarse en hacer desaparecer hasta sus últimos vestigios.

Y ya que llegamos á los tiempos clásicos, bueno será decir ante todo exámen, que un griego llamado Tatus es reputado el inventor de la alfarería. Este Tatus dice la historia que vivía 1200 años antes de Jesucristo, y parece que debió haber llegado á una gran perfeccion, porque tres siglos después los célebres alfareros de Samos, de que habla Herodoto, no se servían sino de la misma rueda que él.

Los griegos, fieles á su genio, se distinguen por la forma sencilla, la pureza de los contornos, y derivando de la esfera la gracia de la ornamentacion. Hay una porcion de objetos del género griego, que nos ocuparía mucho si los hubiéramos de describir, pero únicamente hablaremos de una copa ateniense, que tal vez ha sido reproducida por el modelo de la copa célebre en que Sócrates bebió filosóficamente la cicuta. La presencia de esta obra maestra, si por casuali-

dad pensais como Sócrates, menos que él abrigareis du a alguna en brindar por la inmortalidad; porque teneis una gran prueba material á la vista. Si el filósofo comprende la inmortalidad, el artista la hace visible.

No es necesario mas prueba de esto, que la reunion de las maravillas que el hombre ejecuta, que hasta el fin de los tiempos serán reproducidas eternamente. En prueba de ello contemplad en las porcelanas esas reproducciones maravillosas de cuadros de los maestros de todas las mas grandes escuelas; y esos cuadros, gracias á semejante reproduccion, ¿no son inmortales, al despecho de lo que dijo un día el general Bonaparte con motivo de esos originales? ¿Qué pueden durar estos lienzos? preguntaba con una voz terminante.—Quinientos años, respondió un cicerone.—¡Bah! dijo con desden el futuro dueño del mundo; ¡bella inmortalidad!

Aquel futuro soberano del mundo, no tenía tiempo en aquella hora de reflexionar en una cosa, y es que todo lo bello se perpetúa, y que si las ciencias tienen el recurso de las escuelas, el arte cuenta con el socorro de las reproducciones.

Al lado de la alfarería de los griegos, llama tambien la atencion la de los romanos; pero por sus formas vagas, hinchadas, y su figura incorrecta, escita mas la curiosidad que encanta las miradas, porque ni el pueblo rey llegó á la perfeccion en la argamasa, ni su alfarería puede lucir por la pobreza del colorido que usaban. No es cosa de multiplicar las citas; sin embargo, es bueno decir, que hay grandes curiosidades allí. Lo que mas puede interesar á nuestros lectores son los procedimientos.

IV.

UNA PALABRA SOBRE LOS PROCEDIMIENTOS.

En su obra magistral, reproducida en tiempo de Luis Felipe, Mr. Bronniar enseña las principales condiciones á que se sujeta la confeccion de las porcelanas francesas, que son la plasticidad y la homogeneidad, y es preciso no confundir los materiales que componen una pasta con los elementos de que consta. Aquí, por ejemplo, los materiales de la porcelana son: la combinacion de la sílice con la alúmina y el agua, y los elementos, el pedernal, la alúmina y la potasa.

Las condiciones de perfeccion de las pastas y los medios de llegar á ella, se obtienen por cuatro caminos. Primero, la plasticidad, entendiéndose por plasticidad la facultad que tienen ciertas materias blandas de tomar en la mano del obrero todas las formas que se las quiere dar; segundo, el desengrasamiento; tercero, la *accion del agua*; cuarto, en fin, la homogeneidad, objeto á que deben conducir las tres primeras.

Lo que desespera sobre todo á los artistas en Sevres, es el cocido, atendiendo á que no solamente modifica los colores, sino que puede tambien alterarlos notablemente. Felizmente, los maestros de alfarería son de tal habilidad, que los colores no esperimentan mas que las justas modificaciones que quieren darles con la influencia del cocido. Sin embargo, el pintor que trabaja en las porcelanas se vé esencialmente sometido á las exigencias de los procedimientos materiales.

Al visitar el museo de Sevres, el amor propio nacional de todo europeo, debe resignarse á reconocer que la supremacía del Asia se vé allí manifiesta; tanto en relacion á lo delicado de los tonos, como á la variedad. Y en efecto, los productos de la China y del Japon, son superiores incontestablemente. A escepcion del azul turquí del antiguo Sevres, y del morado oscuro, que pertenece á la industria moderna, todos los demás han venido del Japon ó de la China. Pero si en Sevres han admitido lo que procede del Japon y de la China, es con condicion de sobrepujarlo.

Y si los productos del Asia son mas brillantes en el colorido, ¿cuánto no son superiores los franceses por los esquisitos contornos de la forma, y por la acorde armonía de la pintura! En cuanto á la porcelana del Japon, es manifiesto que la paleta es mas variada que la francesa. ¿Y por qué? Nadie lo sabe: porque el Japon es tan impenetrable en industria, como en política, y así no hay mas que conjeturar y atribuir la superioridad en este género, ora á la diferencia de clima, ora á la experiencia.

El arte de pintar las porcelanas en Francia, es de ayer; en el Japon, el origen de este arte se pierde en la noche de los tiempos, lo que es tanta verdad, que cuando los portugueses volvieron de su primer viage á la isla Nifon, trajeron de ella maravillosas porcelanas, cuyos modelos, les habian dicho, tenian muchos siglos de existencia. Estas porcelanas fueron las primeras que se vieron en Europa. Los holandeses no tardaron á su vez en seguir á los portugueses en sus peregrinaciones comerciales al Japon. Entre los múltiples productos que trajeron de allí estos nuevos comerciantes, la porcelana figura como la importacion mas interesante.

Todos los Cresos bátavos, tienen á honor el poseer vasos de lujo ó servicios de mesa magníficos, á manera de los grandes señores japoneses. Despues se han reproducido sobre estos mismos vasos los cuadros mas célebres de la escuela holandesa.

Es fácil conocer que por mas esfuerzos que se hagan, no puede menos de admirarse que los franceses hayan llegado á tan alta perfeccion. Es cosa que uno á sí mismo se pregunta, ¿cómo unas obras de tanto trabajo y que tanto valen, son tan frágiles? A esto podríamos decir que seria muy extraño exigir de ellas la indestructibilidad de las pirámides, y que lo imponente y solitario de estas, no puede compararse á la transparencia y á la gracia de las obras de Sevres.

Hay, pues, que resignarse á dejar á cada cosa la razon de su existencia, y considerar á Sevres como un templo del arte dedicado á las delicias de las gracias. Al visitar este museo, es imposible que no se sientan las mas agradables impresiones; y si alguno de nuestros lectores es una lectora, afirmaremos que confesará, que el demonio de la tentacion va siempre acompañando á los que visitan aquel establecimiento; porque son tan bellas sus producciones, que no puede menos de codiciarlas la persona mas indiferente.

LA CATEDRAL DE SEVILLA

EN UNA TARDE DE CARNAVAL.

¡La Catedral de Sevilla! estas palabras presentan á la mente un edificio magnó, una de las maravillas de España, uno

de los mas magníficos templos del orbe católico, un portento de arquitectura, un joyero de las artes, un venerable archivo de grandes recuerdos, un santuario de ilustres reliquias, un lugar y conservatorio de santo y ostentoso culto, todo esto es la Catedral, pero es aun mas.

Describir este *mas* no es fácil porque consiste principalmente en las impresiones que causa tan admirable conjunto, así como las diversas espresiones del semblante se sustraen al mas hábil pincel, así las impresiones que se aglomeran en el alma, se sustraen á la demostracion por el lenguaje.

Hay momentos en que la Catedral se solemniza de tal suerte, que exalta el respeto y la admiracion hasta un dulce entusiasmo que brota á los ojos en lágrimas y eleva en fervientes brotes el alma hácia aquel en cuyo nombre se alzó tan suntuoso templo y se celebran tan ostentosos cultos.

De lo dicho se convenceria todo aquel que en una tarde de Carnaval, despues de recorrer las calles entrase en la Catedral.

En aquellas reina general alegría, alegría que cuando no traspasa los límites de la decencia, es tan simpática, que se comunica aun á los que no contribuyen á ella, tanto por lo universal que es, como porque tiene algo de infantil, en sus disfraces cómicos, sus cascabeles, su franco contento, como por su objeto y tendencia que son la festiva risa, como por que aquel bullir, aquella algazara producen la dulce ilusion de que para toda aquella muchedumbre es la vida ligera, y la alegría su estado normal, despues de recorrer las animadas y ruidosas calles, pisan bajo las altas bóvedas que lo cobijan el inmenso recinto del edificio consagrado al culto de nuestro Dios.

¡Qué contraste! aquí una distinta muchedumbre sin hostilidad hácia la otra que alborota y se agita, está postrada inmóvil y silenciosa ante el altar mayor, cuyo remate se pierde de vista en la sombría altura de sus bóvedas, y en el centro del que en un esplendente sol de oro y pedrería y en otro mayor de resplandecientes luces, esta expuesta la Sagrada Forma consagrada en la memorable noche de la *Cena*.

Alrededor de la gigantesca reja que circunda el altar mayor está reunido el cabildo compuesto en gran parte de venerables ancianos. El órgano esparce sus potentes sonidos acompañando los cánticos de la Iglesia, graves los unos como los otros, grave todo en aquel lugar, hasta el baile que ante el ara ejecutan los seises, vestidos con el antiguo y hermoso trage español, siempre renovado y nunca variado desde hace siglos. Este baile pausado, metodizado, exacto é invariable, como todo cuanto concierne á aquel templo modelo de santa estabilidad y de suprema dignidad, consiste en una especie de cadena y cambio de lugar, que con admirable precision, lentitud y decoro, ejecutan á compás, y los niños seises cantando al mismo tiempo preces al Señor que está presente. Trasladaremos aquí uno de los motetes cantados en las tardes de Carnaval.

Candor de la luz eterna
Que para no deslumbrarme
Ocultas tus resplandores
Y me mandas acercarme;
Mira que estoy en tinieblas
Y que soy tan miserable,
Que hácia tí no puedo irme
Si tú hácia tí no me atraes.

La impresion que produce este baile es de aquellas que

decíamos que es imposible espesar. ¿Cómo es que inspirat tan profundo respeto? ¿Cómo es que causa tan irresistible estremecimiento? puede que consista en que este culto peculiar á esta respetable Metrópoli es una intacta herencia de religioso pero desconocido origen, que se conserva inmutable cual ella en esta catedral, arca santa que no se atreve á profanar ni la mano del tiempo ni la del hombre; ó consistirá acaso en que este culto bailado, cantado por niños sea la solemnización de la candidez, esa inocencia del entendimiento que Dios ama á la par que la inocencia del corazón.

Ello es que es tan conmovedora, que solo las almas que han quedado secas por la incredulidad, como los desiertos de Africa por el Simoun, dejan de conmoverse al presenciarlos.

Muchos curiosos y entendidos investigadores han buscado sin poder hallarlo el origen de este baile (1), todas sus eruditas investigaciones han sido infructuosas. Esto que es un caso poco comun parece prestar un atractivo misterioso mas á este culto, que algunos consideran impropio y singular, hasta que no lo presencian. De esto que decimos existe una prueba histórica que lo confirma.

Un arzobispo de Sevilla, asaz rígido, intentó suprimirlo por no creerlo bastante austero. Entonces el cabildo de la catedral fletó un barco y envió á Roma los seises con sus maestros y directores, que llevaban una súplica del cabildo al Soberano Pontífice para pedirle presenciasse estos cultos contra los que le habian mal prevenido.

Su Santidad concedió lo que se le pedia, y cuando los hubo presenciado dispuso sin titubear que continuasen sin reforma alguna.

¡Qué contraste! repetimos, qué contraste tan marcado pero tan lógico! ¡Fuera del templo la alegre juventud que rie y bulle; en él, la grave ancianidad que medita y ora!

En breve los niños reemplazarán á los que rien, y éstos á los que ahora se arrodillan ante el altar, los que habrán ido no á reemplazar, sino á aumentar el número de los que duermen para no despertar.

Volverá el Carnaval periódicamente, con otras máscaras, otras fiestas, otros regocijos distintos, y otros devotos vendrán á este templo á tributar un culto siempre el mismo, pues él es la sola cosa estable é imperecedera como lo son su origen y su fin.

Pero tambien se ven jóvenes en el templo en aquellas tardes; jóvenes que no creen que estén renidas la alegría y la devoción, y que lejos de querer establecer antagonismo entre el mundo y la religion, desean unirlos trayendo aquel á ésta y haciéndole bueno sin dejar de ser alegre. Al lado del Altar y bajo un dosel que indica su alto rango, están arrodillados dos jóvenes príncipes, que son la hermana de nuestra amada y piadosa Reina, y el hijo de la santa reina Amalia.

Allí se encuentran porque su corazón los trae, y porque su sublime misión, como personas reales, es dar ejemplo, y esta gran misión saben cumplirla sin grande esfuerzo solo por su espontánea inclinación á todo lo que es bueno.

No envidie nadie á estos admirables príncipes su augus-

ta gerarquía, sus riquezas, su juventud, su pura y completa felicidad doméstica que completan los ángeles con que Dios ha bendecido su matrimonio, envidiéseles, su mas cumplido bien que es su conciencia.

FERNAN CABALLERO.

LA ALMEA DE BAB-ALY.

RECUERDO DE AFRICA.

La aldea de Bab-Aly, cerca de la ciudad de Abdel-Hader en el centro del Africa, es una de las mas curiosas muestras de las aglomeraciones del desierto.

Su aspecto trastorna todas las ideas de nivelacion y de alineamiento, todas las nociones de geometría y de civilización.

Es un monton, un hacinamiento de chozas, cabañas, de tiendas, de barracas que parecen montarse las unas sobre las otras, y están arrojadas á la ventura como un puñado de trigo en medio de una era.

Las habitaciones siguen todas las desigualdades, todos los accidentes, todos los caprichos del terreno, escalan los malecones ó se precipitan sobre las cuevas.

No hay la menor huella de calles, ni de plazas, ni de puntos de reunion, ó de interseccion. No hay medio alguno de orientarse y reconocer el camino. Cree uno encontrar una salida y se cae en un silo. Se espera llegar á un centro y se tropieza con una pared sin puerta.

En fin, es un verdadero laberinto en el que los árabes á quienes se pregunta por algunas señas responden estoicamente: *no sé*.

Este es el teatro donde á mis ojos ha pasado hace diez años una de las escenas mas curiosas é interesantes que he visto en mi vida.

Acababa yo de asistir á una fantasía que habia puesto en juego á todas las tribus de los alrededores.

Recibia yo en casa de un kaid la hospitalidad de su estera, de su chibouls, de su café y de su patio interior que es el salon de los árabes.

Estaba sentado con los notables de la comarca, altivos, graves, silenciosos á cual mas, y envueltos todos en los pliegues de sus albornoces, y dejando brillar sus negras pupilas en medio de una nube de humo, bajo el espesor de sus turbantes moteados de oro y azul.

De repente nos anunció nuestro anfitrión el cántico de un músico y el baile de una almea que habia hecho venir para honrar y distraer á sus huéspedes.

El hombre y la muger entraron en el patio y nos saludaron con el mas profundo respeto.

El hombre tenia un soberbio aspecto de calma y de magestad. Llevaba con un desembarazo y soltura real la camisa de lana y el albornoz con pliegues algodónados, los calzones encarnados rodeados del haik blanco y sujetos por una cuerda de pelo de camello.

La muger era sencillamente uno de los mas admirables tipos moriscos que han podido encontrarse. Un rostro ovalado de exquisita pureza con una encarnación dorada y una

(1) Véase en los «Españoles pintados por sí mismos» el docto é interesante artículo sobre los seises escrito por el señor don Juan José Bueno.